

Y que estás esperando con paciencia
Para darle lugar á penitencia.

Sosten pues mi flaqueza con tu gracia,
Y presta á mis deseos eficacia.
¡Feliz yo! si despues de mis ofensas,
De culpas tan enormes como inmensas,
Por tus méritos santos é infinitos
Dignas de perdonarme mis delitos.

POEMA XV.

EL ESCÁNDALO.**PARTE PRIMERA.**

Si hay un monstruo feroz en este mundo,
Si hay un mal de otros males tan fecundo,
Que no contento con sus propios daños
Extenderlos intenta á los extraños,
El escándalo lo es, monstruo terrible,
De cuyo ser maligno es imposible,
Por mas que nos queramos dar idea,
Formar ninguna que completa sea.
Pecado odioso, de malicia tanta,
Que temerario á un tiempo se levanta

Contra su Dios de quien la gloria ofende;
Contra Jesus, de quien destruir pretende
El edificio que compuso y rige;
Contra la Madre Iglesia á quien aflige;
Y en fin, contra las almas que inficiona,
Y en sus mismas cadenas eslabona.

Tú lo dijiste, Redentor querido:
El oráculo triste se ha cumplido,
Y se cumple tambien todos los dias.
Por los muchos escandalos, decias:
¡Ay del mundo infeliz! Todo pecado
Es rebelde á su Dios; pero este osado
Le ataca en derechura: el que lo hace,
En el mismo pecado se complace.
Los demas quedar suelen sepultados
En las tinieblas, en que estan formados;
Este altivo la máscara se quita,
Y con su mal ejemplo á otros excita.
El que en otros pecados triste vive,
Cierto coto á sí mismo se prescribe;
Todavía á su Dios algo sujeto,
Le conserva algun poco de respeto,
No desconoce en todo su malicia,
Y tiene algun temor de la justicia;
En fin tiembla, recela y se avergüenza:
El escándalo va con desvergüenza,
Hollando los divinos mandamientos,
Sofocando los buenos sentimientos,
Que la razon y Religion inspiran,

Desprecia á cuantos sus delitos miran,
 Y parece que se arma su osadía
 Contra la superior soberanía
 Del inmenso y Eterno omnipotente,
 A quien guerra declara el insolente.
 ¿Cómo es posible, ó Dios, que el hombre insano
 Blasfeme tanto de su Soberano,
 De su santa justicia á quien acusa,
 De su misericordia de que abusa,
 Y en fin, de su divina providencia,
 Pues induce á dudar de su existencia?

El pecador que su pecado esconde,
 A sí mismo en secreto se responde,
 Porque le dice un íntimo reclamo,
 Que hay un Dios vengador, que tiene un amo;
 Y su mismo recato manifiesta,
 Que tranquilo no está; que algo le cuesta.
 El rubor que abochorna su semblante,
 Cuando su culpa viene á descubrirse,
 Acredita que puede arrepentirse,
 Que no está de su mal tan ignorante,
 Es sentir de algun modo sus errores;
 Mas quitarse el pudor y los temores,
 Y marchar con el cuello levantado,
 Es jactarse, hacer gloria del pecado,
 Añadiendo con doble apostasía
 El horror del insulto á la osadía.

¿Quién podrá creer; ó Dios! que el hombre aje
 Tanto tu gloria, y que tu nombre ultraje?

¿Quién puede concebir que los cristianos,
 Que son tus hijos, y que son hermanos,
 En lugar de ayudarse y socorrerse,
 Trabajen mutuamente por perderse,
 ¿Que unos y otros se empujen ellos mismos,
 Para precipitarse en los abismos?

El escándalo tiene atrevimiento
 De querer arrancar el fundamento
 Del edificio, que la Iglesia ha visto,
 Y que en ella ha fundado Jesucristo.
 Jesucristo á la tierra no ha bajado,
 Sino para dejar bien entablado
 El reino de su Padre, hacer que el hombre
 Adore humilde su divino nombre,
 Le tema, y sobre todo que le ame,
 Que en el amor de la virtud se inflame,
 Todos los vicios reducir á ruina,
 Y sobre ellos plantar su obra divina.
 Esta fué su mision y sus fervores,
 En esto se emplearon sus sudores.

El escándalo todo lo destruye,
 Y otro edificio en su lugar construye;
 Aniquila la grande maravilla,
 Intimidando á la virtud sencilla,
 Y autorizando al insolente yicio,
 Echa por tierra todo el edificio.

Así, Jesus amable, tú veniste,
 Amargos dias de dolor viviste,

Tu vida en una cruz has acabado,
 En fin, toda tu sangre has derramado
 Por hacernos felices y acogernos;
 Y el escándalo quiere, por perdernos,
 Que no puedas lograr lo que deseas,
 Y destruir totalmente tus ideas.

Sí, Jesús; el escándalo procura
 Aniquilar de tu obra la hermosura,
 Su imperio establecer sobre tu imperio,
 Hacer nulo y estéril el misterio
 De la divina cruz en que moriste,
 El mérito quitaros, la eficacia
 A la preciosa sangre que vertiste,
 Y hacer vanos los dones de tu gracia
 Con su fatal mortífero veneno,
 Arrancar de tu mano y de tu seno
 Esas almas, que tanto te costaron,
 Y por quienes tus ansias prodigaron
 Tantas afrentas, tantos sufrimientos,
 Tantas penas, dolores y tormentos.

¡Ah vil escandaloso! ¡cómo tienes
 Valor de malograr tan altos bienes?
 Tú deshonoras, tú insultas á tu Padre,
 ¡Mas cómo afliges á tu tierna Madre!
 A esa madre, la Iglesia, que amorosa
 Está de tu conducta vergonzosa,
 Porque tú eres su oprobio, eres su afrenta.
 Mira como á sus hijos siempre atenta
 Los guía, los dirige, los conduce.

¡Cuántos socorros próspera produce,
 Sacrificios sagrados, instrucciones,
 Sacramentos, oficios y oraciones!

Y cuando ella feliz los encamina
 Al cielo con la luz de su doctrina,
 Tú vienes de repente, los desvias,
 Hacia la perdición los extravías:
 Maligno en alejarlos te complaces,
 Y lo que ella trabaja tú deshaces;
 Tú la pierdes los hijos que atesora;
 Por tí y por ellos desolada llora,
 Y cuando puedes ver que se contrista,
 Tú la pones tu escándalo á la vista.

¡Ah injusto! tanto amor, ingrato, pagas
 Con hacerla en el pecho muchas llagas;
 Su autoridad sagrada desconoces,
 Sus prácticas devotas no conoces;
 Tú haces nulo su santo ministerio,
 Y la quietud alteras de su imperio.

Si preguntas al triste caminante,
 ¿Por qué parece tan desconsolada?
 ¿Por qué causa se mira despoblada
 Esta ciudad, que un tiempo fué brillante?
 ¿Por qué sus moradores tan dispersos?
 ¿Por qué son sus destinos tan adversos?
 ¿Por qué cubierta de tristeza y duelo,
 Solo se oyen gemidos en su suelo?
 ¿Y por qué su santuario tan lucido,
 Tan desierto se ve y abandonado?

Te dirá con acento dolerido,
 Que el escándalo vil ha marchitado
 Toda la pompa de su lustre hermoso,
 Que el edificio santo ha desquiciado,
 Y que gime doliente y sin reposo.
 ¡Qué mayores, mas vivas pesadumbres,
 Qué guerra mas feroz pudo el averno
 Suscitar á la Iglesia, que este eterno,
 Indócil corruptor de las costumbres?
 Esta es la espada de dolor aguda
 Que su piadoso corazon traspasa:
 Así su vida entre gemidos pasa,
 Y á su divino autor le pide ayuda.
 Es una madre que afligida llora,
 Una Raquel que mísera deplora,
 Y sus ojos tan mustios se aperciben,
 Porque sus tiernos hijos ya no viven.
 El escándalo ha sido el hijo ingrato,
 Que á la madre mas dulce da mal trato,
 Vívora de mortífero veneno,
 Que nace injusto, y la destroza el seno.

Pero no solo con rabiosa furia
 A su adorable madre tanto injuria,
 Sino tambien con hábitos profanos
 Emponzoñar pretende á sus hermanos.
 Para esto los adula, mas los muerde;
 Cuanto mas los alhaga, mas los pierde.
 ¡Perder las almas, Dios! ¡cómo decirlo?
 ¡Corromperlas! ¡quién puede concebirlo?

¡Llevarlas, conducir las al infierno!
 ¡Qué delito! ¡qué horror! ¡ó Dios eterno!

PARTE SEGUNDA.

ROBAR, dejar á un hombre despojado
 De bienes muy cuantiosos, es pecado;
 Es gran delito de su honor privarle,
 Darle muerte, y el pecho traspasarle
 Con agudo puñal; es atentado
 Que penetra de horror solo pensado
 Estos son males graves, males fieros;
 Mas quitarle no bienes pasajeros,
 No una reputacion frágil y obscura,
 No una vida infeliz que poco dura,
 Sino los altos bienes celestiales,
 Para entregarlo á los eternos males,
 Tanto horror esta idea al alma ofrece,
 Que el corazon de espanto se estremece.
 ¡O mortal! si tu hermano te ha enojado,
 Si te sientes colérico y airado,
 Si hasta encontrar venganza no respiras,
 Es menor mal ejercitar tus iras,
 En quitarle el caudal, en deshonorarle,
 De los dias que vive despojarle,
 Y no dejarle en fin quietud ni calma,
 Pero respeta la salud de su alma.
 ¡Perder las almas! ¡duro pensamiento
 Que horroriza al humano entendimiento!

Es dar de su fiereza testimonio,
 Es hacer el oficio de demonio,
 Es ser furia implacable del averno,
 Execrable emisario del infierno.

Los ministros de Dios corren fervientes,
 Pasan mares y tierras diligentes,
 Se introducen en bárbaras regiones
 De salvages, de rústicas naciones,
 Que con flechas el pecho les traspasan,
 Vierten su sangre, y estos riesgos pasan
 Por si pueden llevar una alma al cielo;
 ¿Y tú sin tanto afan, tanto desvelo,
 Sin correr tierras, ni pasar los mares
 Al infierno los llevas á millares?

Así pues de esos miseros cristianos,
 Que como hijos de Dios son tus hermanos,
 Y por quienes Jesus tambien ha muerto,
 Tú quieres de su pérdida estar cierto,
 Y para eso en el mal los introduces,
 Caminan al abismo y los conduces.
 ¿Temes pues, que el postrero de tus dias
 No te ofrezca bastantes agonías?
 ¿Temes que cuando á juicio te presentes,
 No halles allí fiscales suficientes?
 ¿O temes que en las penas que se siguen,
 Verdugos no hallarás que te castiguen?
 ¿Por qué pues á los tuyos inhumanos
 Añades el furor de tus hermanos,
 Que griten contra tí, que te amenacen,

Y con rabia feroz te despedacen?
 ¿Quién creyera, mi Dios, que tan fecundo
 De escándalos tan viles fuera el mundo?
 ¿Cuántos ejemplos, que terror inspiran,
 Se conocen, se saben y se miran?
 Parece que los hombres en la tierra
 Solo se juntan para hacerse guerra,
 Para inducirse al vicio abiertamente,
 Y darse muerte al alma mutuamente.
 El mal ejemplo plácido y brillante
 Corre el mundo magnífico y triunfante,
 Se le ve en los discursos sin embozo,
 Que se oyen tanto al viejo como al mozo,
 En los que son de equívoco sentido,
 Que el veneno conducen escondido,
 Por eso mas sutil y peligroso.

Se le ve en tanto libro pernicioso,
 En que el incauto con la muerte encuentra,
 Y que á las almas por los ojos entra,
 Alguna vez tan cautelosamente,
 Que el tósigo se bebe, y no se siente,
 Ni se descubren sus astutas mañas,
 Sino cuando estan rotas las entrañas.
 ¿Ah! cuántos inexpertos se embarcaron,
 Y en este oculto escollo naufragaron!

Se le ve en las pinturas inmodestas,
 Que excitan las pasiones deshonestas
 De que hasta los cristianos hacen gala,
 Y se ven sin rubor en tanta sala;

Se le ve en estos modos despejados,
 Tan profanos y poco reservados,
 En esos aires libres é inmodestos,
 En los trages que son tan poco honestos,
 En esas vestiduras indecentes,
 En posturas obscenas, delinquentes,
 Que son de corrupcion grandes indicios,
 Y estímulos muy vivos de los vicios.

Se le ve en esas máximas perversas,
 Al moral del cristiano tan adversas,
 Y que el mundo sin término propaga.
 ¡Ay mi Dios! ¡cuánta herida, cuánta llaga
 Hacen en los humanos corazones!
 ¡Y qué tercas que son sus impresiones!
 Se le ve en todo tiempo, en todas partes,
 Ya con claro designio, ya con artes,
 En las calles, las casas y los templos,
 Y en los que deben dar buenos ejemplos.

Y tú en tanto, Señor, Dios infinito,
 ¿Con qué ojos puedes ver tanto delito?
 ¿Cómo toleras sin que te importunes,
 Desacatos que se hacen tan comunes?
 Y no solo en la gente desalmada,
 Sino tambien entre la gente honrada,
 En lo que llaman buena compañía;
 Y ¡cómo se les escapan cada día
 Las palabras impuras, licenciosas,
 Con el título fútil de jocosas!
 ¡Cómo á los otros burlan y chancean,

Por poca devocion que en ellos vean!
 ¡Cómo tambien se mofan indecentes
 De todos los afectos penitentes,
 De ciertos ejercicios, ciertos votos,
 Que adopta la virtud como devotos!
 ¡Con qué profanidad no se componen,
 Aunque á la ofensa del Señor se exponen!
 ¡Cómo van á la iglesia con descaro,
 Sin mostrar ni respeto ni reparo!
 ¡Cómo olvida su osado desacato
 Las leyes de la Iglesia sin recato!
 ¡Y cómo en fin con insidiosa maña,
 A la virtud persiguen con zizaña,
 Ya con la mofa, ya con el desprecio,
 Y si las buenas almas á ella vienen
 Movidas de la gracia con aprecio,
 Si alejarlas no logran, las detienen!
 ¡Cuántos de la virtud perseguidores
 Habrán con sus ejemplos seductores
 Estragos y ruinas producido!
 ¡Cuántas almas, ó Dios, se habrán perdido!
 No ignoran tu castigo riguroso.
 Tú has dicho, hablando del escandaloso:
 Mejor al infeliz hubiera estado,
 En el fondo del mar ser arrojado
 Con una piedra al cuello; y añadiste:
 A tu hermano infeliz tú le perdiste;
 Su sangre me da un grito dolorido,
 Es esta sangre la que yo te pido,

Y no te he de dejar ni paz ni calma ;
Tú me responderás alma por alma.

Tú dijiste, y mi pecho se horroriza :
Si tu mano ó tu pié te escandaliza,
Córtalos al instante ; que mas vale
Al que muriendo de la tierra sale,
Abandonar en ella este despojo,
Y penetrar el cielo manco ó cojo,
Para gozar sus bienes soberanos,
Que no con los dos piés y las dos manos
Llevarlas á sufrir tormento eterno
En las terribles penas del infierno.
¿ Qué mas podía tu piedad decirnos
Que fuera mas activo para instruirnos ?
¿ Qué amenazas mayores proponernos ?
¿ Con qué freno mas fuerte contenernos ?
Y con todo, Señor, ¿ quién lo diría !
Es comun el escándalo en el día ;
No solo continúa, sino se aumenta :
Pocos de tus castigos hacen cuenta,
De tu dulce paciencia el mundo abusa,
Ninguno del escándalo se acusa,
Cuando no basta solo confesarlo,
Sino que es necesario repararlo ;
Pues perdon tu justicia no concede
Al que no lo repara cuando puede.
¿ Santo Dios ! hasta aquí no conocia
Todo el error de su malicia impía ;
¿ Insensato de mí, que hacia alarde !

Ya la conozco ; ¡ pero cuánto es tarde !
Ya está podrida la funesta llaga,
Ya veloz cunde, activa se propaga,
Su veneno fatal se ha difundido,
Y el tósigo mortal ya está bebido.
¿ Quién pudiera atajar sus influencias !
Si del dolor amargo las violencias
Bastaran á curar tal desvarío,
Yo pudiera esperar sanar del mio ;
Mas tú quieres tambien que se repare.
Pues bien, Señor, permite te declare,
Que ya desde hoy te ofrezco cuidadoso,
Vivir en adelante religioso,
Procurando borrar las impresiones,
Que producir debieron mis pasiones,
Que voy á promover, por cuantos modos
Puedan caber en mí, que te amen todos,
Que intento desquitar con este oficio
Los muchos que alejé de tu servicio :
Acepta estos deseos absolutos ;
Pero ¿ quién sino tú dará los frutos ?